La serpiente entornó sus ojos irisados, pero no hizo el menor movimiento ni denotó ninguna emoción especial cuando dijo telepáticamente:

“Ya están aquí”.

—Lo sé -respondió en voz baja Ashran, el Nigromante, desde el otro extremo de la habitación. Estaba asomado al ventanal, como solía, contemplando la salida de la tercera de las lunas por el horizonte de su mundo.

La serpiente alzó la cabeza y desenroscó lentamente su largo cuerpo anillado. Era inmensa, y ni siquiera había desplegado las alas. Cada escama de su cuerpo irradiaba un poder misterioso y letal, un poder ante el que cualquier mortal temblaría de terror. Pero Ashran, el Nigromante, no era un hombre corriente. Tampoco aquella era una serpiente corriente, ni siquiera entre las de su raza. Se trataba de Zeshak, el señor de los sheks, la más poderosa de las serpientes aladas.

“El dragón y el unicornio”, enumeró. “Dos hechiceros: un humano y una feérica. Y un caballero de Nurgon, medio humano, medio bestia”.

—Deben de formar un grupo singular -sonrió Ashran-. Tengo ganas de verlos en acción. Pero eso no es todo, ¿verdad? Hay una sexta persona.

Hubo un breve silencio.

“El traidor está con ellos”, dijo Zeshak con helado desprecio. “Ese a quien llamabas tu hijo es ahora el sexto renegado de la Resistencia”.

Ashran hizo caso omiso del tono irritado de su interlocutor. Desde que Kirtash los había traicionado, ningún shek había vuelto a pronunciar su nombre.

—Sé que quieres verlo muerto -dijo el Nigromante-. Y tendrás esa satisfacción. Pero el dragón y el unicornio son más importantes ahora.

Zeshak no dijo nada, pero Ashran percibió su escepticismo.

—La profecía se está cumpliendo -le espetó el hechicero-. ¿O es que crees poder luchar contra el destino?

“No existe el destino”, replicó el shek. “Los dragones nos condenaron a vagar por los límites del mundo durante toda la eternidad, y míranos, estamos aquí. Somos dueños absolutos del planeta, y de nuestro propio destino. Y hemos acabado con todos los dragones”.

—No con todos -le recordó Ashran.

En los ojos tornasolados del shek brilló un breve destello de ira.

“Y, a pesar de todo, los sheks deseamos más la muerte del traidor que la de ese dragón que se nos ha escapado”.

—Pero, en cuanto os topéis con él, volveréis a sucumbir al odio -sonrió Ashran-. Como ha sido siempre. Un dragón, aunque sea uno solo, aunque sea el último, sigue siendo un enemigo peligroso.

El shek dejó escapar un airado siseo.

“¿Cómo es posible que consideres peligroso a un dragón que está tan contaminado de humanidad?”.

—¿Cómo es posible que los subestimes, Zeshak? No son criaturas corrientes. Son parte de una profecía, y detrás de las profecías está la mano de los dioses.

“Entonces, no deberías haberlos dejado volver”, opinó Zeshak.

Ashran se encogió de hombros.

—En la Tierra habrían quedado lejos de mi alcance. Además, hiciera lo que hiciese, mientras pudieran refugiarse en Limbhad estarían a salvo -alzó la cabeza para clavar en la serpiente la mirada de sus ojos plateados-. Ahora ya no lo están.

“Siempre pueden volver atrás”.

—No -replicó Ashran-. Ya no pueden... pero todavía no lo saben.

Zeshak asintió lentamente.

“Ya veo”, dijo. “Si es verdad que esa profecía puede cumplirse, si es cierto que pueden derrotarnos, no deberías enfrentarte a ellos. Ahora están aquí, en Idhún. Ahora nosotros, los sheks, podemos encargarnos de aplastar a la Resistencia”.

Ashran meditó la propuesta. En virtud de un antiguo conjuro, hacía siglos que ni los sheks ni los dragones podían atravesar la Puerta interdimensional hacia la Tierra. Por eso los hechiceros renegados de la Torre de Kazlunn, aquellos que se oponían al poder del Nigromante, se habían visto obligados a enviar allí solo los espíritus del dragón y el unicornio de la profecía, para que se reencarnasen en cuerpos humanos. Por eso el propio Ashran había tenido que mandar tras ellos a Kirtash, una criatura híbrida, un shek camuflado en el cuerpo de un muchacho que, desgraciadamente para ellos, había conservado buena parte de sus emociones humanas y había acabado por unirse a sus enemigos.

Pero ahora, ellos estaban en Idhún, habían acudido allí a presentar batalla. Nada impedía a los sheks atacarlos en su propio terreno.

—¿Sabes dónde están? -preguntó.

Los ojos de la serpiente presentaron, por un momento, un cierto brillo siniestro.

“Sé dónde están. Un solo mensaje telepático mío, y mi gente atacará”.

Ashran asintió.

—Quizá no podáis vencerles -dijo sin embargo.

El shek se envaró, ofendido. No habló, pero dejó que Ashran notara su irritación.

—Hay una extraña fuerza en su interior. Mira esta torre, Zeshak. No era más que un edificio muerto y abandonado, y ahora rebosa poder por los cuatro costados. Y eso lo hizo la muchacha... ella sola. No es solo un unicornio. Es el último unicornio, toda la fuerza de su raza reside en ella.

Percibió el resentimiento de Zeshak, y supo lo que estaba pensando. El shek había sido partidario de acabar con la vida de la joven que se hacía llamar Victoria al hacerla prisionera, pero Ashran había optado por utilizar su poder... y aquella chica, cuyo cuerpo albergaba el espíritu del último unicornio, había acabado por escapar de ellos. Ahora ella y su compañero, el último dragón, eran lo único que amenazaba la estabilidad de su imperio.

—También el dragón será un adversario temible, en cuanto aprenda a emplear su poder.

"Entonces, debemos acabar con ellos antes de que eso suceda".

—Llevamos más de quince años intentando acabar con ellos, Zeshak. Y no lo hemos conseguido.

"¿Estás empezando a pensar que no podemos evitar el cumplimiento de la profecía?", siseó Zeshak en su mente.

—No; estoy empezando a pensar que no hemos seguido la estrategia adecuada.

La serpiente no dijo nada, pero clavó en el Nigromante sus hipnóticos ojos tornasolados, esperando una explicación.

—Desgraciadamente, Zeshak, no los conozco tanto como quisiera. Conozco bien a Kirtash, mucho mejor de lo que él mismo cree; empiezo a conocer a Victoria, porque tuve ocasión de tratar con ella, y creo que puede ser una pieza importante para mis planes futuros, aunque ella no lo sepa. Pero el muchacho, el dragón, sigue siendo un completo extraño para mí. Y eso no me gusta. Ahora que están aquí, en Idhún, voy a tener ocasión de observarlos, de estudiarlos, de conocerlos y comprenderlos... y de encontrar su punto débil.

Zeshak lo miró, con la boca entreabierta, dejando ver su larga lengua bífida. Casi parecía que se reía.

"Estrategia básica shek", comentó.

Ashran asintió.

—De todas formas, no me opongo a que vosotros ataquéis primero. Pocas cosas pueden escapar a la mirada de un shek, y sospecho que, vayan a donde vayan, terminaréis por encontrarlos. Quizá logréis acabar con ellos entonces, con uno solo de ellos, al menos, y entonces no habrá más que hablar. Pero, si fracasáis, al menos habré tenido la ocasión de estudiar a la Resistencia con más detalle, y puede que para entonces ya se hayan confirmado mis sospechas.

El shek entrecerró los ojos y aguardó a que el Nigromante siguiera hablando. Ashran lo miró y sonrió.

—Tal vez -dijo el hechicero con suavidad- la clave para su destrucción no esté en nosotros, sino en ellos mismos.

Zeshak comprendió. Lentamente, su rostro de reptil esbozó una sinuosa sonrisa.